

—Sí, he oído, contestó ella. Ya lo veis, puesto que me he levantado. ¿Qué ha sucedido?

—¡Ah! señora, una desgracia espantosa.

—Esplicaos.

—Es que temo trastornar demasiado á la señora...

—¡Acabad!

—¡Ah! los dos están muertos.

—¡Los dos! ¿Quiénes son los dos?

—La señora ha sido muerta de un pistoletazo.

«¡Ah! pensó ella, ante todo se ha vengado.»

—Y luego, continuó la doncella, el señor Lamí se ha saltado la tapa de los sesos.

—¡El señor Lamí! ¿qué oigo?

—Sí, el señor Lamí; ha asesinado á la señora, y enseguida se ha suicidado.

—Y mi hijo! mi hijo! ¿dónde está mi hijo? gritó la pobre madre.

—Ha sido despertado como la señora, y juntos hemos corrido hácia el sitio de donde habian partido las detonaciones. Pero nuestros esfuerzos han sido inútiles; ¡era ya tarde!

La señora d'Aubier ya no la oía; acababa de caer desplomada en el sillón y vertía actualmente un raudal de lágrimas.

En breve, oyéronse los pasos de Luciano.

Viósele aparecer.

La servidumbre se retiró.

Él entonces, estrechó á su madre entre sus brazos, secó sus lágrimas con sus besos y dijo:

—Pasado mañana regresaremos á Nantes y no nos separaremos mas.

FIN.

LA  
MUJER DE HIELO.

---



LA  
MUJER DE HIELO.

NOVELA DE  
ADOLFO BELOT.

Traducida libremente al español de la 12.<sup>a</sup> edicion francesa

POR

GERARDO BLANCO.

(El autor de esta obra, que es el celeberrimo de LA MUJER DE FUEGO, cuyas ediciones se hallan casi agotadas, ha demostrado una vez mas su inmenso talento. En contraposicion al carácter que presentó en la heroína de la novela que acabamos de indicar, en esta, gracias á circunstancias fatales, la protagonista es antítesis de aquella. Por esto, y sobre todo por sus eminentes condiciones literarias, la importancia de esta obra no necesita elogio alguno.)



BARCELONA. FONDO HISTORICO  
RICARDO CORTABARRIAS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE JOSÉ MIRET.

Calle de Cortes (Gran via), 289 y 291, Ensanche.

1878.



ES PROPIEDAD.



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

---

## PARTE PRIMERA.

---

I.

Enrique Vandelle, que mas bien por fastidio que por afición, se interesaba, apostando siempre, en las carreras de caballos celebradas en París, sin que llegase á tanto, por supuesto, su interés, que ni por un momento pensara en comprometer en ello su fortuna, cometió, sin embargo, la imprudencia, en Abril de 1875, de arriesgar apuesta por cierto jockey de casaca amarilla y casquete negro, cuya victoria parecía segura. Uno de sus amigos, conocido por el nombre de Roberto Milton, se interesó á su vez por otro jockey, relegado hasta entonces á segundo término, y de hecho establecióse una apuesta entre dichos jóvenes, apuesta de las mas primitivas, ya que en lugar de mediar dinero en ella, designóse como premio de ganancia una comida para diez personas, elegidas por el que ganase, en el dia y sitio de antemano convenidos.

La casaca amarilla y el casquete negro llevaron la peor parte en la carrera, y Vandelle se vió obligado á pagar su deuda, la misma noche, despues de las carreras, y en su habitacion de la calle Laffitte. Gracias al buen servicio del café Riche, improvisó un espléndido banquete, que de fijo no hubieran sabido combinar sus servidores.



A las siete y media, sobre poco mas ó menos, llegaron los convidados: primeramente el vencedor, periodista conocidísimo y hombre de mundo, si los hay; luego y sucesivamente, A. M., uno de esos bolsistas que tienen siempre un pié en el edificio de las cotizaciones y otro en los salones mas aristocráticos, y á quienes la fortuna, séducida por la ciencia que del mundo poseen, por sus aficiones artísticas, por su gracia parisiense y su fidelidad á una dinastía caída, no cesa nunca de sonreírles; Raynal un abogado principiante, emparentado con dignidades de la magistratura, lo cual hace sospechar que muy pronto ha de recibir una envidiable colocacion que le haga olvidar sus gustos caprichosos; X... que no habiendo sabido hacer nunca nada por sí mismo, vive á los piés de los grandes hombres, calentándose á sus efluvios, é imaginándose que despide rayos propios de glorioso génio. Es amigo de todas las celebridades, satélite de todas las estrellas, admirador apasionado de todos cuantos triunfan. Si encuentra á algun amigo entre los bastidores de un teatro, le llama aparte para decirle: «Vengo «de casa de Alejandro, (1) me acaba de leer su última obra: «¡es magnífica! Victoriano (2) me ha relatado su discurso sobre Autran: ¡qué frases, amigo mio, qué frases! Sarah (3) me «ha enseñado su última estatua; la que destina á la Exposicion! «¡Qué mujer tan admirable! ¡Qué éxito tan inmenso vá á «obtener! He encontrado á Emilio, (4) Leon, (5) y Víctor; (6) «me han comunicado sus últimas impresiones políticas; magníficas, magníficas! ¡Qué ande Europa con cuidado!»

Vandelle conocia á todos estos señores; les saludó afable-

(1) Dumas, hijo.

(2) Sardou.

(3) Bernath.

(4) Girardin.

(5) Gambetta.

(6) Hugo.

¡Qué tipos tan semejantes tenemos en España! (N. del T.)

mente y dió gracias á su amigo el periodista por haberles escogido para participar del convite. Pero añadió despues:

—«Me parece que no estamos todos: me habia V. anunciado diez convidados!

—Hé aquí los que faltaban; llegan en grupo, por cortedad sin duda, respondió el periodista.

Efectivamente, entonces oyóse en la antesala un murmullo de voces, de carcajadas; despues, pasos ligerísimos, ruido de vestidos, y al fin la puerta de la sala se abrió para dar paso á cinco mujeres en traje de sociedad, y de un aspecto seductor en demasía.

Vandelle frunció el entrecejo: no esperaba seguramente aquella irrupcion femenina en su domicilio reservado; por mas que era soltero, la sociedad que de aquel modo se le imponia, podia indudablemente molestarle en algun sentido. Pero como era, por otra parte, demasiado bien educado para demostrar enojo, y demasiado buen jugador para vacilar en el pago de sus deudas, se dirigió á las recién llegadas, é hizo de una manera admirable los honores de la casa.

¿A qué clase de la sociedad parisiense pertenecian estas señoras? Ni al gran mundo, ni al artístico, ni á la clase media, seguramente. ¿Pertenecian pues á cierta clase dudosa?—Quizás.—Pero ¿á cual? Porque esta clase tiene como las demás, su aristocracia y su plebe (1). Salúdase á reinas en ella, y hay que codearse con despreciables personas; en ella, como en política, encuéntranse puras y gran número de impuras. Hácese tambien en ella comercio al por mayor y al menudeo: venta al por mayor, precio discutido, plazo corriente; venta al detall, al dia; precio fijo. Las invitadas á casa de Vandelle, entregábanse al gran comercio; eran elevadas industriales, premiadas.

(1) Mucho podria decirse acerca de la plebe de la clase dudosa, y mucho ha dicho el eminente escritor Goncourt en su novela *La jóven Elisa*, publicada por esta casa editorial, y cuya adquisicion recomendamos á nuestros lectores.



¿Formaban parte, por lo tanto, de esa falange veterana tan á la moda en el último imperio, y que ha llenado el Universo con el ruido de sus hazañas? ¿Eran acaso, Adela C\*\* siempre seductora, á pesar de las primaveras acumuladas sobre su preciosa cabeza? ¿O su amiga Fidelidad, que despues de haberse enriquecido al juego del amor se arruina el verano en Luchon, y el invierno en Monte-Carlo al juego de azar? ¿O Cora P\* célebre por sus ventas, que no lo son de caridad, precisamente? O era, en fin, Carolina H\*\* un sol poniente tan magnífico que podría tomársele perfectamente por la aurora de un hermoso día?— Nó; las convidadas de Vandelle no tenían nada que ver con las que un autor dramático irreverente apellidó la *antigua guardia*. Luego, era justo clasificarlas entre la *guardia nueva*? No; esta no existe. Las viejas de hoy no han adoptado pupilas, no han formado ni educado hijas adoptivas; morirán como han vivido, infecundas, sin progenitura. Todas las grandes cortesanas de los veinte años del Imperio, tanto las que han desaparecido, entre cuyo número están la Barucci; Ana Deslions y otras mil, como las que sobreviven á su gloria, no han formado escuela, no tienen imitadores.

No por eso pretendemos afirmar que París haya llegado á ser la Ciudad Santa; pero la verdad es que ciertas costumbres se han modificado por completo. Ya no se manifiestan tan descaradamente; ya ocupan menos lugar en los teatros, junto al Lago y en Longchamps. Ya no se reúnen ciertas señoras para formar una especie de cruzada, con esta divisa «Fuera de nosotras no hay salvacion.» Es decir «solamente con nosotras se hacen buenos negocios, se *despluma* en grande.» Ya no dan reuniones donde se comía, se cenaba, se bailaba, se tallaba, se observaban mutuamente, se denigraban, se destrozaban para pasarse de este modo los amantes de mano en mano, devorándoles á dos carrillos en comandita, sin que nunca mas fuera permitido á la víctima salir de aquel círculo vicioso.

Ya no se las ve presentarse en el Bosque, en suntuosísimas carretelas; tirar los platos por las ventanas del Café Inglés; ocupar habitaciones de veinte mil francos y ostentar cínicamente un lujo detestablemente adquirido. Viven ya aisladas, ó de dos en dos desdeñando á sus correligionarias, aparentando no conocer sus nombres. Afectan practicar costumbres decentes, prefieren un cupon de renta á un aderezo de brillantes, van con frecuencia á pié; visten trajes sencillos y de color oscuro. Lo que sobre todo se halla de moda entre ellas, es reemplazar las antiguas grandes y suntuosas habitaciones, por un modesto cuarto de soltera. La mayoría hacen tan poco ruido que apenas se las conoce. Si alguno pregunta: «¿Cuáles son las *cocottes* á la moda? ¿Dónde encontrar la nueva generacion, qué ha reemplazado á aquellas celebridades?» El tenorio callejero mas experto no podría responderle; en vano se busca un nombre popular en este género.

Si; la gran *cortesanería* se muere y no hay en verdad motivo de entristecernos en que haya tomado tan violenta determinacion. Ya acabó el tiempo en que tales señoras cantaban voluntariamente. «Yo soy una *cocotte*! yo soy una gran *cocotte*!» Lo son todavía, pero intentan disimularlo bajo austeras apariencias. Se avergüenzan de su industria y ocultan su verdadera marca intentando acreditarla bajo un sello artístico. Los teatros donde se cantan operetas, hoy tan en moda, son para ellas un gran recurso: con un hilo de voz en el teatro de *La Renaissance*, una tercerilla en *Folies-Dramatiques*, se apoderan de un corazón, y la jugada está hecha, hasta el punto de creerse para toda la vida colegas de la Patti, la Nilsson ó Krauss. Tambien sucede que escriben ó se hacen escribir un libro: lo imprimen á su costa, naturalmente; lo envían á la prensa periódica, donde nunca les falta un admirador de su belleza que elogia la publicacion, y de este modo se convierten, de mujeres de placer que eran, en mujeres de letras.



Esta aspiracion general, muy en honor de nuestra época, hácia una profesion de que pueda hacerse gala, produce asimismo otros resultados: el verdadero artista, en otro tiempo desdeñado por estas mujeres, ó relegado, al menos, á segundo término, considerado como objeto de lujo, y sacrificado siempre al hombre de dinero, sale de la penumbra para vivir en plena luz. Al hablar de él, la criada dice: «El señor ha venido» y ya no se piensa en ocultarle en un armario, al oír el primer campanillazo. Verdad es tambien que el artista, el pintor sobre todo, ha progresado mucho: ya no lleva el pelo largo, ni usa sombreros cónicos: ha reemplazado la pipa con el cigarro de papel; ahorra, indica en caso necesario como ha quedado la cotizacion en la Bolsa: hace comprar un objeto de arte sobre el cual especula, y cuando tiene nombre, suele ganar por año la friolera de cien ó doscientos mil francos. Merece pues su sitio en plena luz, puesto que siguiendo la espresion *argótica* él mismo *ilumina*.

Y como todo se encadena, la que se llama á sí misma artista y vive con un artista, créese obligada á guardar cierto respeto á las formas sociales. Su vida es arreglada; se levanta temprano, practica la hidroterapia, monta á caballo y pasea por sitios solitarios, se viste antes de mediodía, educa á un hijo natural ó adoptivo, sale casi siempre de casa, acompañada; se pone triste al anochecer y esto, concienzudamente; porque ya pasó el tiempo en que Gavarní decia, hablando de esta clase de mujeres: «El hombre que consiga ponerlas pensativas, podrá alabarse de ser un pillo de siete suelas.»

## II.

Las cinco mujeres reunidas en casa de Vandelle, á consecuencia de una apuesta en las carreras, pertenecian á la gene-

racion moderna, á las nuevas capas, por decirlo así. Eran igualmente grandes dignidades de la legion *galante*, pero dignidades ignoradas, modestas, que ostensiblemente no llevaban las insignias de su grado. Solo una de ellas tenia personalidad propia y nombre conocido. Era una rubia de las mas bonitas, descendiente sin duda de la querida de Felipe el Bueno, María de Cambrugge, en cuyo honor y para eternizar el recuerdo de sus magníficos cabellos rubios, fue instituida la orden del Toison de Oro. V... llamada por sobrenombre *El Pudor mismo*, á causa de su aspecto inocente (á pesar de que algunas malas lenguas, aseguraban que no era de fiar) era elegante y delgada, pero de hombros gruesos y perfectamente redondos, piernas de raza, caderas revelándose armoniosamente, y segun dijo Francheschi... servia parcialmente de modelo, para su Isis. *El Pudor mismo* era artista de instinto y de conveniencia. Quiso crearse una situacion y lo consiguió, porque es mujer que tiene fuerza de voluntad: sobre su frágil cuerpo yérguese una cabeza de las mas sólidas. Su imaginacion á veces salta desordenadamente, pero en la vida diaria, en la vida doméstica, es mujer de orden, y casi, casi de negocios. Posee hoy casa propia y quinta de recreo, escribe á ratos, pinta sobre porcelana y en su quinta da á veces el espectáculo de una funcion de fuegos artificiales, políticos. Laïs y Friné no la rechazarian como á hija suya, pero tal vez ella no las aceptara como á madres; su sueño dorado es asemejarse á las cortesanas griegas, pero únicamente bajo el punto de vista plástico y artístico. Su sueño se realiza.

En cuanto á sus compañeras designarémolas únicamente por nombres de capricho: Berta, á quien podia creerse sábia, si, como se asegura, la belleza fuese la sabiduría del cuerpo. Luisa, cabeza encantadora colocada sobre un cuerpo flaco: por eso se le llama, en recuerdo de la Guimiard, el esqueleto de las gracias. Julieta, hábil desde hace mucho tiempo en mantener-



se entre dos edades, lo cual ha hecho que se dijera de ella : «Juega al treinta y cuarenta» y finalmente, Blanca, una morena eléctrica, cuyo corazón se parece á un molino. «Dá vueltas y muele.»

### III.

Habíanse sentado á la mesa en un comedor del mejor gusto y del mas puro estilo Luis XIII. Un gran número de bugías, sobre candelabros de plata artísticamente cincelados, iluminaba á los convidados sin deslumbrarles. Los vinos de Vandelle, procedentes de su bodega, una de las mejores de París, circulaban con profusion, y comenzaban á desatar las lenguas mas discretas, y á sobrecitar las imaginaciones mas refractarias al desbordamiento.

—No, señores, decia Luisa, no puedo comprender que los hombres cometan la tontería de dedicarse á las mujeres honradas; si estas les oponen resistencia, pierden el pleito y pagan las costas, y si sucumben dejan de ser honradas, y por lo mismo han perdido tambien el tiempo.

—Por mas que digas, repuso el periodista, la virtud tiene de bueno que hace sentar la cabeza. Nunca me ha sabido mal hacer de vez en cuando una escursion por el campo de las mujeres decentes.

—Sí, sí, no lo jures; ya lo sabemos; replicó V: hasta conocemos al objeto de tus preferencias. Es una mujer decente, convengo en ello, pero ha echado tantas veces la casa por la ventana, que ya no se encuentra en ninguna parte trozo ninguno.

X... iba á contestar, pero Berta para cortar discusion semejante, levantó en alto su vaso, diciendo:

—A la salud de nuestro anfitrión, á la excelente comida que nos está dando, y á las que nos dará en lo sucesivo.

—Sobre todo, á estas últimas, añadió Blanca.

—Permitidme, señoras y amigos míos, dijo Vandelle sonriendo, que interrumpa vuestros brindis. Bebed cuanto gustéis por el pasado, si á ello os obliga la gratitud, pero no aludáis al porvenir.

—Es decir, ¿que esta es la última vez que nos invitas? exclamó V...

—Esto es decirnos indirectamente con crueldad inaudita que lo que hoy has hecho es pagar únicamente una deuda de juego; de fijo, que si la fortuna te hubiera sido favorable, no estaríamos aquí.

Como Vandelle no contestó, insistieron sus amigos en que esplicase sus anteriores palabras. Vaciló durante algunos segundos, pero como por todas partes le hostigaban, acabó por declarar que aquel banquete era, en efecto, el último que se debería á su munificencia.

Apenas hubo soltado esta confesion, cuando de todos los lados de la mesa, partieron exclamaciones:

—¿El último? ¿Por qué? ¿Cómo?

—¿Con qué derecho? ¡Él no se pertenece! ¡Pertenece á sus amigos!

—¿Si se hará trapense?

—¿Se habrá arruinado?

—¿Se habrá convertido en hombre formal?

—¿Se habrán paralizado los trabajos de la fábrica de su padre?

—¡Nada de esto es! exclamó Blanca: acaba de ocurrírseme un horrible pensamiento. ¡Vandelle se casa!

—¡Él! ¡Imposible! ¡No tiene derecho á engañarnos!

—¡Os digo que se casa! ¿Qué podeis esperar de un hombre que oculta á su querida?

—¡Cierto es! ¡Nunca la hemos visto!



—¡Miradle! ¡Se ha ruborizado! ¡Baja la cabeza! ¡He dado en lo cierto!

Blanca exageraba; Vandelle, de treinta años de edad, parisiense de raza, vividor en grande, no era hombre para turbarse con tanta facilidad. Dudaba solamente en comunicar una determinación que tal vez le espantaba á él mismo, y en lugar de mirar á todas aquellas mujeres con la audacia, que nunca habían pensado en reprocharle, entornaba los ojos y parecía entregado á la meditación.

Por fin, tomó una determinación, y poniendo ambos codos sobre la mesa, y apoyando el rostro en las palmas de sus manos, dijo:

—Pues bien, sí; el hombre no es perfecto: me caso!

Luisa se levantó y alzando su copa, exclamó:

—Señoras y señores: se os ruega asistais al entierro y funerales de la loca juventud de M. Enrique Vandelle que morirá muy pronto en el domicilio del Sr. Alcalde, después de haber recibido el sacramento del matrimonio! ¡Bebed por ella!

—¡Bebamos por ella! repitieron á coro todos los convidados.

Cuando los vasos quedaron vacíos, cruzáronse nuevas preguntas:

—¿Con quién te casas? preguntó Berta.

—¿Es un matrimonio de interés?

—¿Es un casamiento de amor?

—¿Es acaso con esa mujer de quien acabamos de hablar?

Vandelle, decidido sin duda á guardar silencio, encendió un cigarro, se levantó y dió órdenes á su criado para que se sirviera el café.

#### IV.

La conversación ya no era general. La unidad de los convidados estaba rota. Colocáronse los sillones por pequeños gru-

pos en las estremidades de la mesa, ó en los rincones del comedor. Julieta y Luisa habíanse apoderado de Raynal y le decían con suplicante voz.

—Verdad que nos darás entradas para las sesiones del Tribunal? nunca hemos visto criminales.

—Ni nunca los vereis, respondió el abogado con acento grave.

—Por qué?

—Porque no los hay.

Al oír esto, acercáronse otras personas al grupo.

—¡Cómo que no hay criminales! ¿Qué está V. diciendo?

Los vinos y los licores de Vandelle, habían conmovido á Raynal, las miradas de Julieta y de Luisa le embriagaban, y sus propias palabras iban á ponerle perdido.

—Sí, decía, los criminales son una invención de la justicia. Hay culpables porque los jueces necesitan vivir. Los jueces no han sido creados á causa de los criminales, sino que estos han sido instituidos para ocupar á los jueces.

—Pues ¿y los asesinos, los envenenadores, los falsarios? preguntaron A. M. y el periodista, que acababan de acercarse también al grupo.

—Accidentes, señores, circunstancias fatales, encuentros extraños... la fatalidad... cuestiones de temperamento, á lo sumo... Hay personas á quienes todo sale mal; esto es lo que sin cesar nos esforzamos en probar al jurado... Si nos creyese, si pudiéramos imbuirle la convicción que nos anima, la sociedad conservaría todos sus miembros!

—Afortunadamente para nosotros, los jueces se muestran sordos á las palabras de vuestros nobles inocentes, repuso *El Pudor mismo* con autoritaria voz.

Vandelle que hacía un rato paseábase con agitación, sin que nadie se cuidase ya de él, dijo interrumpiendo al abogado:

—Esta disertación es interesantísima, pero yo tengo muchos preparativos que hacer: parto mañana.